

*La mujer de
ceniza y el
hombre que
no podía
escribir*

Rayo Guzmán



SÉLECTOR

ACTUALIDAD EDITORIAL

1

—No puedo más. Estoy quemado. No puedo volver a escribir.

Sentada detrás de su enorme escritorio, Mercedes Ortiz voltea lentamente la cabeza, asimilando lo que acaba de escuchar. Se ha quedado sin aliento y se mueve inquieta sobre su sillón ejecutivo. No está preparada para una calamidad como esa. Es mucho lo que depende de la creatividad del escritor que tiene ante sí. Sabe muy bien que su propia carrera, su trabajo, están en gran medida en las manos de este hombre que acaba de declarar que atraviesa un periodo estéril; no es de extrañar que un sudor frío recorra la espalda de Mercedes.

Luego de unos instantes controla sus temores y logra hablar con voz clara y firme.

—Augusto, te conozco desde hace más de quince años y me parece normal lo que te está ocurriendo. A los escritores de vez en cuando se les fugan las ideas. ¡Viaja, come, bebe, coge, baila, haz lo que tengas que hacer y regresa con esa novela, que nos queda poco tiempo! —dice con falsa alegría para animarlo.

—No, Mercedes. No se trata de buscar un tema. Es algo más grave, no tengo inspiración —Augusto Montemayor se expresó en un tono tan fúnebre que la doctora de inmediato comprendió el tamaño de su embrollo.

—Entonces dime qué puedo hacer y te apoyo. ¿Quieres algún escritor de respaldo?

—¡Ni se te ocurra! ¡Primero muerto que dejar que otro escriba por mí! El problema está en mí y yo tengo que encontrar la solución.

—¿Y tienes alguna idea?

—Nada, por eso he venido a hablar contigo. Eres de mi entera confianza y sólo a ti te puedo hablar de esto.

Era la primera vez que Mercedes escuchaba a Montemayor atribulado y pesimista. Deambuló por su oficina con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, buscando una solución entre sus ideas. En los ojos del escritor pudo leer la desolación, el desconsuelo, la seriedad de su conflicto. Esto era algo grave y había que darle salida pronto. El tiempo avanzaba y tenían encima muchos compromisos editoriales y de mercadotecnia. La esterilidad creativa de Augusto era un asunto espinoso.

Pero no era la primera vez que se enfrentaba a algo semejante. De manera inevitable recordó a otros escritores a los que había ayudado a salir de su esterilidad creativa. Tenía muchos años dentro de la industria editorial y conocía a la perfección una gran variedad de recursos para estimular a los autores de su catálogo. Mientras miraba a Augusto, toda su vida como editora pasó por su cabeza en un segundo.

Hacía más de tres décadas que trabajaba para esa empresa de edición. Siempre le había gustado leer, y desde sus últimos años de estudiante en la Facultad de Derecho comenzó a colaborar ahí como lectora de pruebas. Al terminar la carrera, en vez de ejercer como abogada, solicitó empleo fijo en la casa editora y la aceptaron de inmediato, pues hasta entonces había realizado un trabajo impecable como *free lance*. Comenzó su aprendizaje como editora a la sombra del experimentado director editorial de esa época, un hombre de unos sesenta años

para quien los textos no entrañaban ningún misterio. Ahora ella era la directora editorial responsable del área literaria. Sonrió al darse cuenta de que en la actualidad, a pesar de todos los avances tecnológicos, el oficio de editor seguía aprendiéndose como se aprendían otros oficios en tiempos muy antiguos. Empezabas corrigiendo textos. Si mostrabas disposición e interés, el editor te permitía hacer algún dictamen; luego, ya te dejaba la revisión de estilo de una obra, que era la antesala para delegarte al fin la responsabilidad de la preparación de un libro. Así ibas ascendiendo poco a poco, pasando por todos los puestos intermedios entre el simple lector de pruebas y el más codiciado: la dirección editorial.

A pesar de que ahora existían cursos especiales y diplomados de edición, las cosas no habían sufrido mayores cambios. El editor seguía aprendiendo su oficio como cuando ella empezó.

Pero el mundo empresarial sí había cambiado mucho. Una transformación absoluta. Apenas un año atrás la editorial fue adquirida por un poderoso consorcio italiano de comunicaciones. Durante la fusión de ambas compañías despidieron a muchos compañeros suyos. Al nuevo presidente y a sus socios no les importaba la calidad de los libros que publicaba Mercedes. El único lenguaje que comprendían y apreciaban era el que se desprendía de las cifras de ventas. Y a Mercedes cada vez le costaba más encontrar libros ganadores, *best sellers*, y las presiones que recibía del consejo editorial de la empresa eran permanentes y casi insoportables.

Mercedes amaba su trabajo y no deseaba perderlo. Por eso era tan importante para ella encontrar una solución que ayudara a Augusto. Él solo, con su obra, representaba por sí mis-

mo casi veinte por ciento de las ventas anuales de la editorial. Cada nuevo libro suyo incrementaba ese porcentaje hasta cerca de treinta por ciento durante la etapa de promoción. Sabía que no podía permitirse dejar de publicar su nueva novela en el siguiente semestre. Si no cumplía con el presupuesto anual que le había asignado la compañía, ya podía irse despidiendo de su empleo.

—Tenemos que pensar en algo de inmediato —miró al escritor directo a las pupilas y su tono de voz se tornó cauteloso—, y creo tener una solución. ¿Quieres saber de qué se trata?

—¡Claro, Mercedes! Estoy aquí porque necesito tu ayuda. No se me ocurre nada, mi cerebro permanece congestionado y ninguna solución acude a mi mente. No tengo *compositio* porque se me acabó el *inventio* y se me ha extraviado el *elocutio*.

Augusto se expresaba en un tono tan apesadumbrado que su amiga podía percibir la tribulación que emanaba.

—Has sido un escritor disciplinado toda tu vida, tal vez es momento de romper las costumbres. Quizá necesitas probar con lo que está fuera del orden, de los cánones. Perder tu meticulosidad y atreverte a buscar nuevas fórmulas —continuó con cautela la doctora.

—¿En qué piensas? —dijo intrigado Montemayor.

—No es momento de que te rasgues las vestiduras ni de que te importen los prejuicios, si es grave tu situación hay que darle salida. Sí... se me está ocurriendo algo.

—Adelante, soy todo oídos —declaró el escritor con pronunciado interés.

—Tal vez no conoces ciertas prácticas del mundo editorial. Número uno, porque no las has requerido, y número dos, porque no se habla de ellas abiertamente. Más de una vez te

habrás dado cuenta de que en las ferias y los encuentros literarios contratan damas de compañía para algunos escritores. En muchas ocasiones terminan en intercambios sexuales, pero eso es asunto privado. Por debajo del mantel, las editoriales les pagan a las chicas un poco más si rebasan sus responsabilidades originales.

—¡Por favor, Mercedes! ¡Yo no necesito pagarle a una mujer para estar con ella! Nunca lo he hecho y no voy a empezar a hacerlo a mi edad —replicó Augusto enfadado.

Mercedes se echó a reír abiertamente.

—¡No se trata de eso, Augusto, déjame terminar! Te acabo de decir que no es momento para prejuicios ni paradigmas obsoletos —aseveró Mercedes en tono imperativo—. Ya sé que has sido un escritor prolífico y disciplinado, pero ahora sólo se me ocurre un recurso extremo para ayudarte a superar tu esterilidad creativa. A grandes males, soluciones extremas.

Augusto no dijo nada, se limitó a mirarla con intensidad, expectante. Para responder a su gesto, Mercedes agregó:

—Creo tener la solución, pero aún no puedo decirte nada, necesito consultar con los miembros del comité editorial. Te prometo que lo sabrás muy pronto, porque en una hora tengo reunión con ellos. Te llamaré en cuanto salga.

Cuando el escritor se fue, Mercedes se puso a escribir de inmediato algunas notas que le serían muy útiles para la citada reunión. Media hora después ya estaba lista. Salió de su oficina y recorrió los pasillos del lujoso edificio donde se hallaba la empresa.

Con pasos firmes arribó al lugar en el que estaba prevista la junta. Una pared de esa sala poseía estantes de nogal preciosamente pulidos en los que se acumulaban todos los libros pu-

blicados por la editorial, en versiones encuadernadas en piel. El sitio era un derroche de lujo en piedra, cristal y acero. Los integrantes del comité (directores de los departamentos de mercadotecnia, ventas, derechos de autor y relaciones públicas) aguardaban su llegada en silencio, sin atreverse a hablar, intimidados por la presencia del presidente de la empresa. Comenzaron a revisar las nuevas propuestas editoriales, pero Mercedes apenas podía seguir las argumentaciones, con la cabeza ocupada en las dificultades de Augusto. Al final del encuentro le dijo al presidente que tenía que abordar un asunto con él. Esperaron un minuto en silencio y, cuando se quedaron solos, expresó con sequedad:

—Tenemos un problema.

Luego, nerviosa, atropellándose con las palabras, le ofreció una síntesis de su conversación con Augusto. El directivo la escuchó con atención, sin interrumpirla. Él no pagaba un buen sueldo a sus empleados de alto nivel para que le plantearan problemas, sino para solucionarlos. Así que sólo externó una frase:

—¿Cómo piensa solucionarlo, doctora Ortiz?

—Se me ocurrió una idea —respondió Mercedes, ya totalmente controlada—. Es algo a lo que hemos recurrido muy pocas veces en el pasado, pero siempre ha funcionado.

Al salir de la sala, Mercedes caminó hacia su oficina con paso ligero y una gran sonrisa en el rostro.

El presidente había aprobado su propuesta.

2

Si desde antes de nacer se pudiese elegir la familia, el color de piel, los talentos, la posición social, las cualidades y los defectos, Amanda habría elegido todo diferente. Habría escogido una madre entregada al cuidado de los hijos, un par de hermanos varones mayores que la protegieran de otros chicos y que la acompañaran a los bailes de la secundaria, un padre dedicado a la contaduría con horario laboral de ocho horas para tenerlo en casa por las tardes y disfrutar su compañía sentada a su lado frente al televisor. Tal vez hubiera preferido ser bajita y regordeta. Pero el *hubiera* no existe y la historia de Amanda es muy distinta de la que imaginan todos los que la observan caminar por la calle. Si la belleza fuera fuego, el cuerpo de Amanda estaría envuelto en llamas. Si el pasado se clasificara por colores, el de Amanda entraría en la escala de grises. Como mientras se respire se presume de estar vivo, ella respira y finge tener una vida. Con sus largas y estilizadas piernas recorre las calles de la ciudad robándose las miradas de deseo de los varones y las miradas de envidia de otras mujeres. Sus pasos altivos, de modelo en pasarela, no denotan el dolor de sus aspiraciones truncadas ni de sus miedos crónicos. No dejan ver ese caparazón tejido con astucia para repeler los posibles agujijones que encaja una vida de carencias, ausencias y penumbras.

Da vuelta en la calle de Donceles y ubica la dirección que le anotó su amiga Hilda en una servilleta de papel. Sube la angos-

ta escalera hacia el tercer piso y toca en la puerta que ostenta el número 301. Es un edificio antiguo remodelado de manera suntuosa y modernista en su interior. La madera, la piedra, el cristal y el acero conviviendo en sus finos acabados. La recibe una mujer, de esas que esconden la edad detrás de un rostro inyectado con bótox, enfundada en un traje sastre azul turquesa, quien la saluda con amabilidad ensayada y la invita a pasar al amplio piso que ocupan las oficinas de una editorial.

—Eres más hermosa que en fotografía —afirma la dama señalando un sillón de piel oscura.

Amanda sonríe y deja caer su uno ochenta de estatura en el mueble; cruza sus largas piernas y con el bolso en el regazo espera instrucciones.

—Me llamo Martha. Nuestra directora editorial, la doctora Mercedes Ortiz, te atenderá en unos minutos —le dice y regresa a su escritorio.

¿Por qué aceptó ir a esa cita? Por desesperación. Por desamor. Por impulso. Porque se siente perdida y sin brújula. Porque no tiene otra puerta que tocar. Los últimos tres mil pesos que le quedaban los ha utilizado para cubrir la renta de un cuarto compartido en la colonia Narvarte, después de que Julio la corriera de su departamento. Hilda es la única amiga que conserva desde la adolescencia, y de las pocas personas de su pasado con las que mantiene contacto. No tuvo otra opción que acudir a ella buscando un consejo, una sugerencia, y ahí está. Sentada en esa oficina del centro, esperando a que alguien le explique de qué se trata la oportunidad laboral para la que, según Hilda, no existía mejor candidata que ella.

—La doctora te recibirá ahora mismo —la voz de Martha la sacó de sus airados pensamientos. Amanda se puso de pie y si-

guió a la secretaria. Entró en una oficina amplia y con grandes ventanales. La apariencia de la persona detrás del escritorio le sorprende. Es una mujer mayor, sesenta, tal vez sesenta y cinco. El cabello corto, color rubio cenizo. Sobriamente vestida con blusa amarilla y saco blanco; porta un enorme anillo de plata sobre el anular de su mano izquierda. Tiene los codos sobre el escritorio y la observa con una sonrisa cálida. La saluda de mano y la invita a sentarse. Amanda se da cuenta de que tiene en su lugar varias fotografías.

—Sí, son tus fotos —le dice la doctora—; precisamente estaba viéndolas por enésima vez. Hilda ha sido muy amable en hacérmelas llegar hace un par de días.

— Espero que le hayan sido de utilidad. ¿De qué se trata el trabajo?

—¡Vaya! Pues al grano, como decimos, veo que estás impaciente por saber por qué nos hemos interesado en ti.

—Disculpe, no quise ser imprudente —responde Amanda para disculparse de su intempestiva intervención.

—Primero quiero conocerte más, ¿te parece? —continuó la doctora—. Puedes llamarme Mercedes. Si nos llegamos a entender, conmigo no necesitarás formalismos, soy doctora en derecho pero llevo muchos años dedicada a la industria editorial. Manejamos las carreras de varios escritores muy famosos, con obras traducidas a varios idiomas y galardonadas con varios premios.

—Pero yo no sé escribir ni tengo experiencia en nada parecido, me he dedicado a... otras actividades muy diferentes —respondió Amanda con la confusión pintada en el rostro.

—Lo sé, Hilda me comentó que te has enfocado en pasarelas y venta de ropa, pero eso no importa. Cuando escuches mi

propuesta, verás que no necesitas conocimientos editoriales para colaborar con nosotros.

—Lo siento, continúe —respondió al tiempo que se preguntaba qué demonios le habría contado Hilda sobre sus actividades anteriores.

—Pues bien, tenemos un problema con uno de nuestros escritores más importantes. Sus números de ventas son altísimos. No sé si has escuchado hablar de *El rumor del viento* o de *Calle sin esquinas*, son dos novelas tuyas que han reportado ventas millonarias.

—He leído *La calle sin esquinas*, de... ¿Agustín Montemayor?

—Augusto Montemayor, sí. Él es de quien quiero hablarte. Augusto debe entregar su próxima novela en tres meses pero ha perdido el ritmo. Tenemos ya contratos de ventas firmados por anticipado y a nuestro escritor estrella se le ha ido la inspiración. Lleva más de un año frente a la página en blanco y ha caído en un vacío creativo.

Amanda se sintió sorprendida e incómoda. No alcanzaba a digerir lo que estaba sucediendo. Pensó en lo ilusa que había sido al acudir a esa entrevista en la que se percibía fuera de lugar. Hurgó entre sus limitados conocimientos literarios intentando encontrar un comentario útil para salir bien librada del encuentro. Durante la adolescencia adquirió el hábito de la lectura gracias a la influencia de la madre de Hilda, quien la puso en contacto con obras como *El diario de Ana Frank*, *El principito*, *El llano en llamas* y *Platero y yo*. Alguna vez vio en la televisión un documental sobre la vida de Gabriel García Márquez y otro más sobre la exitosa trayectoria de Stephen King. Los dos, autores cuyos estilos eran de su agrado, pues había leído algunos de sus libros. Recordó la trama de una película

en la cual un famoso escritor encuentra por azar el texto de un autor desconocido y lo publica como si hubiese sido propio. Se acordó de otro filme en el que un viejo y reconocido autor de novelas de acción se queda sin inspiración y le contratan un par de jóvenes literatos para que escriban en su lugar. Esforzándose por no parecer tan ingenua ante los ojos de la doctora preguntó:

—¿Y un “escritor fantasma”? He sabido que muchos autores los usan.

—¡Vaya que eres lista, niña! —exclamó la doctora, al tiempo que lanzaba una carcajada—. Ya le hemos planteado eso, pero Augusto preferiría abandonar la literatura antes que permitir algo semejante. Va en contra de sus principios.

Amanda escuchaba con atención; sin embargo, seguía sin entender las intenciones de su interlocutora. Sintió deseos de darle las gracias y salir de ahí de inmediato. La incomodidad del momento crecía a la par que su curiosidad. Lo primero la empujaba hacia la puerta y lo segundo la mantenía inmóvil. Sus expresivos ojos lanzaron una mirada de duda a Mercedes, quien continuó la explicación.

—Le hemos mostrado fotografías de varias chicas. Tú sabes, modelos, actrices, deportistas... de todo con tal de encontrar a alguien ideal para lo que necesita Augusto. No ha sido tarea fácil. Debes entender que lo anterior hay que llevarlo a cabo con suma discreción. Se trata de un proceso cauteloso y desesperado a la vez. Hemos presentado múltiples propuestas al artista, una labor ardua y complicada. Sin embargo, cuando miró tus fotos dijo: “La quiero a ella. Ella es la que puede desempeñar mejor el trabajo”. Por eso te hemos llamado.

A medida que Mercedes hablaba, Amanda se iba sumergiendo en el fondo de su asiento. La pregunta “¿Por qué es-

toy aquí?” taladraba su pensamiento. La respuesta, “porque no tengo qué comer ni otra parte a dónde ir”, regresaba su atención hacia la doctora Ortiz.

—No sé qué puedo desempeñar tan bien como cree el señor Montemayor, pero no es mi medio, no creo estar capacitada para trabajar al lado de un escritor; le agradezco su interés pero pienso que no soy la persona adecuada —dijo por fin.

—¡No digas que no tan pronto, muchacha! —replicó insistente Mercedes—, reconsidera tu respuesta. Quisiera poder decirte que te tomes tu tiempo, pero, por desgracia, el tiempo es el enemigo número uno de nuestro escritor. Te acabo de mencionar que le quedan tres escasos meses para presentar su nueva obra, y además aún no he terminado: ¿no te interesa conocer el lado económico del asunto?

—Necesito trabajo y también dinero, pero soy honesta cuando digo que no me siento a la altura de semejante tarea —señaló con firmeza Amanda, al tiempo que intentaba ponerse de pie.

—¡Siéntate! —ordenó la doctora, obligando a la chica a regresar a su lugar—. Dame unos minutos más. Lo que te propongo no implica un trabajo indecoroso o indecente. No harás nada que no quieras. Lo único que desea el escritor es convivir contigo durante tres meses. Una forma poco usual de encontrar la inspiración perdida en su vida a través de la vida de otro ser humano. Convivencia. Nada que afecte tu integridad.

Amanda respiró hondo, bajó la cabeza y observó las uñas de sus manos pintadas de nácar. Contempló sus zapatos desgastados y recorrió con su mirada el pulido piso de madera del despacho. Recuperó un gramo de audacia y expresó:

—Está bien. Permítame pensarlo por unas horas. Esta misma tarde le daré una respuesta. Pero no me diga ahora cuál

es la remuneración económica. Eso quiero saberlo después de haber tomado una decisión.

—¡Trato hecho! ¡No se hable más! Anda y consulta con tus adentros; espero tu llamada.

Amanda salió de la oficina y se dirigió hacia la Torre Latino, en el Eje Central y Madero. Entró en el edificio que durante muchos años fue el más alto de la capital mexicana. Subió al mirador y desde ahí contempló la interminable urbe. Interminable como la calamidad de su existencia. No había soledad más lacerante que la que le carcomía las entrañas. Ese sentimiento de desolación constante que la acompañaba y que la hacía sentirse sola cohabitando entre millones de seres. Deambuló por las calles del Centro. Entró en el histórico Café Tacuba para comer molletes, acompañados de un vaso de agua de sandía. Sólo eso le permitían comprar los escasos pesos de su bolsa. Hubiera preferido milanesa o enchiladas, pero constituían manjares inalcanzables para su economía actual. Mientras comía, en su pensamiento se desataba una tormenta por la cual no pudo saborear los alimentos. No había querido saber cuánto ganaría por aceptar tan misterioso empleo, pues temía que su necesidad económica la orillara a aceptar una ocupación que desempeñaría sin éxito. Se sentía sin aptitudes para enredarse en tareas inherentes al mundo editorial, escenario por demás desconocido para ella. Pero su pasión por la lectura le calentaba el pecho y le insertaba un buen presagio en el corazón.

La sorprendió el crepúsculo volviendo otra vez a la agencia editorial. El rostro de la secretaria se iluminó al verla. La condujo de inmediato hacia el despacho de su jefa.

—Me da mucho gusto que hayas regresado, Amanda —le expresó satisfecha Mercedes.

—Decidí venir en lugar de llamar, he tomado una decisión.

—Te lo agradezco, estas cosas son mejores frente a frente.

Dime, ¿qué has pensado?

—Acepto.

—¡Así se habla! —exclamó jubilosa la doctora—. Ahora abordaremos los detalles pendientes. Hablemos de dinero. La paga es muy buena: un millón de pesos si propicias que el escritor termine a tiempo la obra.

Dicho eso, Mercedes dejó caer su espalda sobre el respaldo del sillón y entrelazó las manos sobre su regazo, observando la reacción de Amanda.

La chica no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Nunca hubiera esperado una oferta tan generosa. No escondió su asombro ante los ojos de Mercedes, pero recuperó la compostura suspirando profundo. Como los enfermos terminales que ven pasar su vida en un segundo antes de morir, en un instante vio transcurrir la suya. Revivió las miserias de su infancia, el hambre en su estómago y los golpes en su cuerpo. Hija de una madre alcohólica, quien la concibió en una noche de inconciencia en Playa del Carmen, durante un romance efímero de dos días con un turista danés y del que nunca jamás tuvo noticias, Amanda creció sin conocer siquiera el nombre del forastero que la engendró. La blanca piel de la hija le recordaba a la madre lo oscuro de su pecado y se dedicó a rechazar a la criatura desde su nacimiento. En las memorias de infancia de Amanda habitaban la soledad y el abandono. Una adolescencia cruel donde no tuvo cabida la ternura ni el consejo. Una madre alcoholizada que terminó loca y que murió una madrugada de invierno dejándola con sus catorce años recién cumplidos, cobijada tan sólo por la incertidumbre. La madre de su amiga

Hilda se había compadecido de ella y le ofreció asilo durante algunos meses, suficientes para que Amanda se percatara de lo que la vida le había negado: un hogar, unos padres amorosos, unos hermanos, una familia. Salió de esa hogar prestado por la amistad, llena de gratitud, a enfrentarse sola a su destino. Su belleza fue su peor compañera, no pasó mucho tiempo para que se diera cuenta de lo fácil que era subsistir viviendo de su agraciado cuerpo. Estudió la secundaria al mismo tiempo que aceptó trabajar como edecán para una marca de cerveza. Lo que llegó después de semejante decisión fue una cadena de infortunios. Una violación por parte de un empresario cuando aún no cumplía los dieciséis. El rechazo de los parientes de su madre por no querer saber nada de la bastarda. El deambular por ambientes sórdidos, viviendo de noche y durmiendo de día. Acumulando deseos de morir dentro de su joven cuerpo que, para maldición suya, emergía en su esplendor sano y vigoroso, delatando la fortaleza de sus genes. Soportaba el frío y el calor, el hambre y el cansancio. A veces no entendía por qué seguían creciendo esos senos, alargándose esas piernas y ensanchándose esos muslos si apenas probaba bocado. Tal vez tenía una comida decente a la semana, cuando la invitaba algún empresario a comer o cuando sobraban pastelillos o canapés en los eventos y podía llevar algunos a su guarida. Recordó de cuántas casas la corrieron por no pagar la renta a tiempo. Cuántas mañanas despertó en moteles de paso acompañada de un cualquiera sin nombre que la hacía sentir también como una cualquiera cuando le dejaba un par de billetes sobre el buró. Nunca trabajó en la calle ni se paró en las esquinas, pero sí intercambió su cuerpo por algo de comida, a la sorda, en lo clandestino, disfrazando de ligue o de conquista ese intercam-

bio de sexo por compañía, en ese intento constante de toparse con aquello que los demás llaman *amor*. Le hubiera gustado ir a la universidad y estudiar medicina. Aspiraciones truncadas por la miseria, el abandono y la falta de rumbo.

Después vio descender de sus recuerdos la imagen de Julio. Ese hombre que le prometió darle una vida y que casi se la arrebató en el intento por cumplirle. Ese hombre casado que la convirtió en su amante, que le puso un departamento en el norte, porque la esposa vivía en el sur. Ese señor respetable que con dos tequilas se convertía en un animal rabioso, celoso y violento; ese que casi la mata a golpes una noche en que no soportó verla platicar con uno de los hermanos de su amiga Hilda, al que se encontró por casualidad. Sí, esa noche casi la mata después de golpearla en el rostro, en las piernas, en el vientre; la arrojó semidesnuda a la calle y la corrió del departamento. Amanda muchas veces se preguntó para qué había nacido, muchas veces prefirió haber sido abortada o nacer sin vida.

A ella, que la miseria y la carencia la cobijaron desde el interior del vientre materno, le estaban ofreciendo un millón de pesos por realizar una actividad inesperada y misteriosa. Se rió de las ironías del destino, y en un pequeño arrebató de dignidad recuperó un poco de confianza. Como no pudo elegir a sus padres, ni su apariencia, ni una carrera, ni sus amores, pensando menos en el millón de pesos y más en la posibilidad de elegir por primera vez algo en su vida, optó por trabajar para Augusto Montemayor y, después de cerrar el trato con un apretón de manos con Mercedes, salió de la oficina pellizcándose los brazos para confirmar que estaba despierta. Que no se trataba de un sueño.

3

La blancura de las sábanas de algodón egipcio que cubren la mitad de su cuerpo tendido sobre la cama le recuerda la página que sigue en blanco. Se pone de pie y estira su cuerpo. Sacude la cabeza, como si de este modo pudiera expulsar los pensamientos depresivos que lo esclavizan desde hace más de once meses. A Augusto Montemayor le ha deprimido tenerlo todo. Lo poseyó el vacío que experimenta el que está lleno. Llegó a este mundo como hijo favorito del destino. Favorecido con destrezas, una mente ágil y un cuerpo atlético. La apostura y la inteligencia se apoderaron de su ser y de manera inevitable la suerte lo empujó por el sendero del éxito. Primogénito varón de una dinastía de hombres exitosos. “Cuna de abolen-go”, “pañales de seda”, “sangre azulosa”, poder, prestigio, dinero. Parecía como si varias generaciones anteriores hubiesen preparado su llegada a esta dimensión dejando previsto todo para que cuando él emergiera del vientre de su madre, nada le hiciera falta. La ausencia de necesidades y los dones concedidos hicieron de su vida una cadena de sucesos coloridos, en donde ninguno de sus deseos de infancia se transformó en berinche. Todo le era otorgado, todo le había sido concedido, quizá desde antes de nacer. Unos padres amorosos con riqueza material y devoción hacia su familia. Dos hermanas menores a quienes sus progenitores entrenaron para adorar al hijo predilecto. Un puñado de talentos que se revelaron de manera pre-

matura. Niño lector desde los cuatro años. Escritor reconocido a los veinticinco. Las tragedias de la vida de Augusto habían sido el fallecimiento de sus abuelos paternos y la muerte de Antares, su primer mascota. Sus enfermedades, la influenza estacional y un par de diarreas. Sus amores, pasajeros y sin compromisos. Su vida sexual, sin prejuicios; y sus ambiciones, resueltas. ¿Qué vida le queda vivir a quien ha vivido de todo? ¿La vida de la carencia? ¿Jugar al pordiosero un fin de semana de cada mes para sentir lo que le es desconocido? De sus múltiples estudios y viajes obtuvo la experiencia para ir construyendo historias que enamoraron a grandes públicos. Lector disciplinado y obsesivo, consumió la obra de clásicos y contemporáneos. Con lo que leyó, con lo que observó y con lo que escuchó por ahí, pudo fabricar sus famosos personajes, como doña Mela en *El rumor del viento* y Felipe Balboa en *Calle sin esquinas*, sus dos obras más reconocidas. En total, lleva publicadas doce novelas que han sido traducidas a más de catorce idiomas. Cuarenta y dos años, una vida resuelta, una página en blanco y cero inspiración. Así se hallaba esa mañana el escritor de moda, recorriendo su espaciosa habitación en calzoncillos, cuando el timbre del teléfono lo sacó de sus lánguidas cavilaciones.

—Augusto, soy Mercedes; la chica ha aceptado.

—Hola, Meche, ¡qué buena noticia! Encárgate de todo, la espero mañana a las cinco en mi departamento de Polanco.

Tomó una ducha y con la toalla enredada en su cintura se sentó en la tumbona de su balcón a observar las fotografías de Amanda. No eran imágenes profesionales como las de las otras chicas que le mostró Mercedes. Eran fotos cotidianas, tomadas, tal vez, con un simple celular o con una cámara cual-

quiera, quizá captadas por el ojo sin entrenamiento de algún amigo cercano de la mujer. Eso le agradó. Nada de trucos, nada de maquillaje ni de Photoshop. La mujer en su expresión más doméstica. Ropa sencilla, sin un corte de pelo a la moda. Simplemente ojos, boca, piel, rasgos, cabellos que caen sobre sus hombros en abundante cascada rubia. La fotografía en donde Amanda aparecía de cuerpo completo lo conmocionó. Sus piernas largas sostenían su estilizada figura. Diminuta cintura. Brazos largos, cuello delgado. Y la boca. Esa boca que lo hipnotizó, como si quisiera decir algo y se quedara contenida. Le pareció que en la carnosidad de esos labios se quedaron atrapados secretos, un “algo” que nunca se ha dicho.

¿Hace cuánto tiempo que se le escapó la inspiración? Casi un año. Después de *Calle sin esquinas* se tomó un par de meses para viajar por Europa. Entre actividades de promoción de la obra y actividades turísticas, se permitió un descanso y se dedicó a buscar el tema para su siguiente proyecto. La presión de haber firmado por adelantado el contrato de la siguiente publicación comenzó a agobiarlo al sexto mes, se percató de que nada acudía a su mente, de que las ideas se le pulverizaban antes de llegar al papel, y cuando menos lo pensó, la aterradora página en blanco se había apoderado de su trabajo. La pesadilla, el terror de todo escritor, eso a lo que Augusto se llegó a creer inmune, llegaba a su vida y se acomodaba a sus anchas deambulando a su alrededor. No importaba si cambiaba de ciudad o de país. La página en blanco lo acompañaba. La maldita e insoportable *tabula rasa* iba a todas partes con él. Ahí estaba implacable durante sus noches de insomnio en la Ciudad de México, durante esas frescas mañanas en que deambulaba por la orilla del mar en alguna costa caribeña, ahí a su

lado mientras caminaba entre marquesinas repletas de luces por Akihabara, en Tokio; o cuando navegaba por las costas de Portofino a bordo de su yate. La maldita página en blanco no cedía. Cuando regresó a México convencido de que había caído en un vacío creativo y sintiéndose acariciado por el fracaso por vez primera en su vida, se dio cuenta de que un sentimiento hasta entonces menospreciado por él llamado *miedo* se estaba adueñando de su talento. Tenía que encontrar la forma de frenar semejante tragedia. Augusto Montemayor, el escritor mexicano de moda, era víctima de la página en blanco y esclavo del miedo. Del miedo al fracaso, del miedo a la crítica, del miedo al ridículo. Del miedo a sentirse vulnerable, frágil, ineficiente, inútil. Su soberbia, alimentada tantos años por su destino favorable, se sacudió.

Un día después de visitar a Mercedes en la editorial para contarle de sus problemas, ella lo llamó para decirle que necesitaba volver a verlo. Esa misma tarde, horas después, ya estaba ahí, derrotado, pero también esperanzado en lo que pudiera decirle Mercedes.

Sin preámbulos, con una mirada traviesa, le asestó directamente:

—Tengo la solución. Una musa. Necesitas una musa —la frase de la doctora fue firme, rotunda.

—¿Una musa? —preguntó sorprendido Montemayor; esperaba todo menos esa propuesta.

—Nunca la has tenido, ¿o sí? Siempre has sido la inspiración de ti mismo —prosiguió severa Mercedes—. Has trabajado para ti y para que el mundo caiga cautivado ante ti. No niego que te ha funcionado de maravilla, pero creo que ha llegado el momento de que te despeine el viento de otro. Dejar de con-

trolarlo todo y permitir que un extraño entre en tu entorno y alimente con carne fresca a tus lobos interiores, ¿no crees?

—No necesitas ser tan dura. Entiendo —asintió el escritor, adolorido por la sinceridad de su amiga, pero al mismo tiempo consciente de la gran verdad vertida entre sus palabras. Después de pensarlo un poco, le dijo—: Está bien, no tengo nada que perder.

Mercedes le guiñó el ojo y aquella tarde Augusto salió de la oficina de la doctora meditando en la descabellada propuesta que acababa de aceptar.

Él había encontrado la inspiración en muchas cosas. Lo mismo lo inspiraban las torcidas ramas de un árbol que la ignorancia de la gente. Lo había inspirado la mirada de algún anciano o el aroma del ajo cocinándose a fuego lento sobre la estufa. Pero, ¿una musa? ¿Las musas se contratan? ¿Se les da seguro social y prestaciones? ¿Cómo saber cuál es *su* musa? ¿Cómo consiguió Dalí a Gala? ¿En dónde se busca una musa? Esa tarde caminó por la Alameda Central convencido de que, al paso que iba, su próxima novela llevaría por título *Cómo me fui volviendo loco*.

No fue fácil la misión que cayó sobre los hombros de Mercedes. Recurriendo a sus múltiples contactos, la editora se dedicó a buscar a la musa para el escritor por todos los rincones del país. Durante un par de semanas recibió fotografías provenientes de agencias de modelos, de empresas especializadas en *casting* de actrices para teatro y televisión, incluso le llegó información sobre chicas jóvenes originarias de diversos puntos del planeta, de distintas nacionalidades, características físicas y oficios, que trabajaban en prostíbulos caros. Estuvo enviando sobres a la casa del escritor con las fotos de las can-

didatas. Nada. No aparecía la mujer idónea para incentivar la inspiración de Montemayor. Entonces la búsqueda giró hacia sus amistades más cercanas, entre quienes despertó intriga y misterio al preguntarles si conocían chicas hermosas, interesantes o agraciadas. De ese modo, Martha, su secretaria, comentó con Hilda el asunto de la extraña solicitud de su jefa. Fue Hilda quien con su celular tomó varias fotos a Amanda, las imprimió y se las envió a la doctora a través de Martha. Así se tejen los hechos inevitables del destino, esos que sucederán a pesar de los obstáculos.

Días después, Mercedes visitó a Montemayor y, encima de su escritorio, desparramó el interior de un sobre. Augusto pudo contemplar por enésima vez imágenes de todo tipo de mujeres. Morenas, trigueñas, rubias. Altas, bajas, delgadas, frondosas, esqueléticas. Sin embargo, esta vez, de entre todas, su mirada se clavó en las fotos de Amanda. Supo que ella era *su* musa. Fue un proceso intestinal, pero no todas sus vísceras se torcieron. Sólo el intestino. Tuvo que ir de súbito al baño. El hombre racional que todo lo decidía con la mente había tomado esta decisión con las entrañas. Es más, no supo si él decidió con sus entrañas o sus entrañas decidieron por él.

—Todas son mayores de edad —decía Mercedes, mientras ordenaba las fotografías una junto a la otra—. Algunas trabajan como modelos, otras son edecanes; la de pelo corto es tenista y la de traje blanco es dermatóloga...

—¡Ésta! Ya no busques —dijo convencido Augusto.

—¡Vaya! ¡Por fin! La localizaremos de inmediato.

Le agradaba trabajar con Mercedes porque era práctica; prefería las propuestas a los juicios. Su viudez prematura a los cuarenta la condenó a consagrarse a su trabajo y desde que

asumió la dirección editorial de su empresa se labró una reputación como una de las editoras más respetadas del mundillo literario de Iberoamérica. Trabajar con ella era sencillo. Directa, sin poses, y justa. No preguntaba de más y se concentraba en los resultados. Por eso Augusto tuvo la confianza suficiente para convertirla en la confidente de su pena.

La moneda estaba en el aire. Paseando en calzoncillos por su habitación esperaba que su intestino hubiera sido más sabio que su mente; encendió un cigarrillo y observó el reloj. En cuestión de horas se encontraría con su musa. “Intestino, no me falles, por favor”.